

## LIBRO SEXTO.

## Servicios de que la sociedad es deudora al clero y á la religion cristiana en general.

## CAPITULO PRIMERO.

## Inmensidad de los beneficios del Cristianismo.

NADA sabriamos si solo de una manera vaga supiésemos los beneficios del Cristianismo: lo que debe conocerse á fondo es el arte con que ha llevado á cabo estos beneficios, diversificando sus dones, difundiendo sus auxilios, distribuyendo sus tesoros, sus remedios y sus luces. La Religion ha sabido dirigir nuestros sentimientos delicados, nuestro amor propio y hasta nuestras debilidades, brindando á todos los males y flaquezas un saludable consuelo. Ello es cierto que tantos rasgos de beneficencia, tantas fundaciones admirables, tantos inconcebibles sacrificios, hacen creer que este solo mérito del Cristianismo basta para espiar todos los crímenes humanos: culto celestial, que nos obliga á amar á la triste humanidad que lo calumnia.

Poco es lo que vamos á decir respecto de lo que será forzoso callar, pues ni aun la seguridad tenemos de haber elegido lo mas digno de mencion; pero en la imposibilidad de describir minuciosamente tantos y tan admirables beneficios, recogemos casi á la casualidad las ideas que sobre el particular vamos á emitir.

Para formar desde luego cabal juicio de la inmensidad de estos beneficios, debe suponerse á la cristiandad como una vasta república, en que lo que se refiere de una parte de ella, ocurre tambien en las demás; así, al hablar de los hospitales, las misiones y los colegios de Francia, se hace mencion de los de Italia, España, Alemania, Rusia, Inglaterra, la América, Africa y Asia; debemos representarnos que doscientos millones de hombres, por lo menos, practican iguales virtudes y sacrificios; recuérdese asimismo que há mil ochocientos años que se repiten idénticos actos de caridad. Calcúlese ahora, si el espíritu, no se confunde cuál será el número de individuos socorridos é ilustrados por el Cristianismo en tantas naciones, y durante tan dilatada sucesion de siglos.

## CAPITULO II.

## Hospitales.

LA caridad, virtud exclusivamente cristiana, y por lo tanto ignorada de los antiguos, nació con Jesucristo; esta es la virtud que le distinguió principalmente de los demás mortales, y fue en él el sello de la renovacion de la naturaleza humana. Los Apóstoles, á imitacion de su divino Maestro, ganaron en breve los corazones, atrayendo á los hombres por medio de esta virtud.

Instruidos en ella los primeros fieles, formaban en proporcion de sus recursos un depósito comun, con que se socorria á los pobres, á los caminantes y enfermos, y hé aquí el origen de los hospitales. Ya opulenta la Iglesia, fundó para los desgraciados, unos establecimientos dignos de ella. Desde aquel momento las obras de misericordia no conocieron limites, y la caridad se desbordó, por decirlo así, sobre los desvalidos, hasta entonces abandonados por los felices del mundo. Acaso se preguntará cómo ocurrían á estas necesidades los antiguos, que carecían de hospitales. Dos medios, ignorados de los cristianos, les servían para deshacerse de los pobres y desgraciados: el infanticidio y la esclavitud.

Las enfermerías de San Lázaro para la lepra, fueron al parecer las primeras casas de refugio en el Oriente.

Recibíase en ellas á los miserables leprosos, que abandonados de sus parientes, desfallecían en las calles y plazas de las ciudades, causando universal horror. Estos hospitales estaban servidos por religiosos de la orden de San Basilio.

Hemos hecho mencion de los Trinitarios ó padres de la Redencion de cautivos. Diremos ahora que San Pedro Nolasco imitó en España á San Juan de Mata en Francia. No es posible leer sin enternecerse las austeras constituciones de estas órdenes. Su primera regla prohibía á los Trinitarios comer otra cosa que legumbres y lacticios. ¿Y por qué tan rigorosa vida? Porque cuanto mas cercenaban lo necesario para la vida, mas tesoros recibían los bárbaros; y porque si la cólera del cielo debía aplacarse por medio de víctimas, esperábase que el Omnipotente aceptaría las expiaciones de estos religiosos como indemnizacion de los males de que libraban á los cautivos.

La orden de la *Merced* dió muchos santos al mundo. San Pedro Pascual, obispo de Jaen, despues de invertir todas sus rentas en rescatar cautivos y en socorrer á los pobres, pasó á Turquía donde fue encarcelado. El clero y pueblo de su Iglesia le enviaron recursos para su rescate, pero á el santo, dice Helyot, le recibió con mucho agradecimiento, si bien, lejos de emplearle en conseguir su libertad, rescató á muchas mujeres y niños, de quienes temía que por su debilidad abandonasen la religion cristiana, y permaneció en poder de los bárbaros, que le martirizaron en 1300.

Tambien se formó en esta orden una congregacion de mujeres, dedicadas al socorro de los pobres extranjeros. Una de las fundadoras de esta tercera orden fue una señora principal de Barcelona, que repartió todos sus bienes á los desgraciados: su apellido no ha llegado hasta nosotros, y solo es conocido bajo el nombre de *Maria del Socorro*, que los pobres le dieron.

La orden de *Religiosas penitentes* instituidas en diferentes épocas, en España, Alemania y Francia, alejaba del vicio á las desventuradas prostitutas, expuestas á perecer en la miseria despues de haber vivido en el desorden. Era en verdad cosa divina ver á la Religion sufrir semejantes desvelos por un exceso de caridad, y hasta exigir completa justificacion del vicio, temiendo no se defraudasen los altos fines de sus instituciones, si usurpaba la inocencia bajo la máscara de arrepentimiento, un retiro no establecido para ella. «Sabéis, dice Juan Simon, obispo de Paris, en las constituciones de esta orden, que algunas doncellas han pretendido ingresar á sugestion de sus padres y madres que intentaban deshacerse de ellas; así, pues, mandamos que si alguna desea entrar en vuestra congregacion, sea interrogada, etc.»

Los nombres mas dulces y misericordiosos servían para encubrir los pasados errores de estas pecadoras. Llamábaselas *hijas del Buen Pastor* ó *hijas de la Magdalena*, para significar su arrepentimiento y el perdón que les esperaba. Solo hacían votos simples, y aun se procuraba casarlas si lo deseaban, proporcionándoles un modesto dote. Y para que hasta en los objetos exteriores reinasen pensamientos de pureza y recato, su vestido era blanco, denominándose tambien por eso las *Hermanas blancas*. En algunas ciudades se les ponía una corona y se cantaba: *Veni sponsa Christi*. «Ven, esposa de Jesucristo.» Muy tiernos eran estos contrastes y esa delicadeza digna de una religion que socorre sin ofender, y se ajusta á las debilidades del corazón humano, arrancándole á sus vicios. En el hospital del Espíritu Santo de Roma está prohibido seguir á los que, exponen los huérfanos á la puerta del Padre Universal.

Ocultase en la sociedad una clase de infelices de quienes nadie se ocupa, porque, descendiendo de padres honrados pero indigentes, se ven precisados á rodearse de la exterioridad de la decencia en medio de las mayores estrecheces. No hay situacion mas cruel: el

corazón se ve herido sin cesar, pues para una alma un tanto elevada, la vida es en tal caso un eterno tormento. ¿Qué harán, pues, las desgraciadas doncellas, hijas de tales familias? Irán á casa de unos ricos y soberbios parientes á transigir con todo género de desprecios, ó abrazarán un arte ú oficio á que las preocupaciones sociales ó su natural delicadeza no les permiten entregarse? La Religion obvió tan tristes inconvenientes. Nuestra Señora de la *Misericordia* abre á estas piadosas y sensibles mujeres sus respetables claustros. No há mucho que no hubiéramos osado hablar de San Cirio, porque entonces se creía que las pobres doncellas nobles no merecían asilo ni piedad.

Dios empero tiene diferentes vias para llamar á sus siervos. El capitán Carrafa pretendía en Nápoles el premio de sus servicios á España. Dirigiéndose un día á palacio, entró por casualidad en la iglesia de un monasterio; allí oyó cantar á una jóven religiosa, y sintióse tan conmovido á la dulzura de su voz, que sus ojos se arrasaron en lágrimas, y juzgó que el servicio de Dios debía estar lleno de delicias, puesto que con tan suaves acentos regalaba á los que le consagraban su vida. Volvió al punto á su casa, y arrojando al fuego todas las certificaciones de sus servicios, cortó sus cabellos, abrazó la vida monástica, y fundó el orden de *Obrosos piadosos*, cuyo instituto es socorrer las humanas dolencias. Este orden hizo pocos progresos, porque en una peste que hubo en Nápoles murieron todos los religiosos, asistiendo á los apestados, excepto dos sacerdotes y tres legos.

Pedro de Betancourt, franciscano, hallándose en Guatemala, ciudad y provincia de la América española, se compadeció de la suerte infeliz de los esclavos, que no tenían asilo alguno en sus enfermedades. Habiendo conseguido de limosna un mezquino albergue, donde antes tenía una escuela para los pobres, edificó él mismo una especie de enfermería, que cubrió con paja, para recoger en ella á los esclavos faltos de todo abrigo. No tardó en encontrar una negra maltratada y abandonada por su dueño; púsole sobre sus hombros, y lleno de gloria condujola al albergue á que daba el nombre de hospital, y recorrió la ciudad mendigando para su pobre negra. No sobrevivió esta á tan acendrada caridad; pero derramando sus lágrimas posteras prometió á Betancourt celestiales recompensas, que obtuvo sin duda alguna.

Muchos ricos, conmovidos por tales virtudes, dieron á Betancourt cuantiosos recursos, con los cuales la choza de la negra se trocó en magnífico hospital. Este religioso murió jóven, pues el amor á la humanidad consumiera su corazón. No bien se divulgó la nueva de su muerte, los pobres y los esclavos corrieron precipitadamente al hospital para ver por última vez á su bienhechor. Besaban su piés, cortaban pedazos de sus vestidos, y hubiéranle mutilado para llevarse algunas reliquias, á no rodear de guardias el féretro. A primera vista parecia un tirano, presa del furor del pueblo; y era tan solo un oscuro religioso, á quien se defendía del amor y de la gratitud de los pobres!

Propagóse la Orden del hermano Betancourt, y la América se llenó de sus hospitales, servidos por religiosos que tomaron el nombre de *Bethleemitas*. Hé aquí la fórmula de sus votos: «Yo el hermano..... hago voto de pobreza, de castidad, y hospitalidad, obligándome á servir á los pobres enfermos, aunque sean infelices y se vean acometidos de enfermedades contagiosas.»

Si la Religion nos ha esperado en la cumbre de las montañas, tambien ha bajado á las entrañas de la tierra, inaccesibles al sol, para buscar en ellas á los desgraciados: los hermanos bethleemitas tienen una especie de hospitales en el fondo de las minas de Méjico y del Perú. El Cristianismo se ha esforzado en el Nuevo-Mundo en neutralizar los males causados en él por los hombres; males de que tan injustamente se le

ha supuesto autor. El doctor Robertson, inglés, protestante, y hasta ministro presbiteriano, ha vindicado plenamente en este punto la Iglesia romana. «Con mas injusticia aun, dice, han atribuido muchos escritores el esterminio de los americanos al espíritu de intolerancia de la religion romana, y han acusado á los eclesiásticos españoles de haber excitado á sus compatriotas á dar muerte á aquellos pueblos inocentes, como á idólatras y enemigos de Dios. Los primeros misioneros, aunque sencillos é ignorantes, eran hombres piadosos, y prohiendo la causa de los indios, los defendieron de las calumnias con que procuraban infamarles los conquistadores, suponiéndoles incapaces de reducirse y de comprender los principios de la Religion, y presentándolos como una especie imperfecta de hombres marcados por la naturaleza con el sello de la esclavitud. Lo que he dicho del celo constante de los misioneros españoles en defensa y proteccion del rebaño que les estaba encargado, los presenta bajo un aspecto digno de sus funciones; ministros fueron de paz para los indios, y se encaminaron á arrancar la vara de hierro de mano de los opresores. A su poderosa mediacion debieron los americanos todos los reglamentos dirigidos á mitigar el rigor de su suerte; así es que los indios miran aun á los eclesiásticos seculares y regulares en los establecimientos españoles como á sus naturales defensores, y á ellos recurren para rechazar las exacciones y violencias á que se ven expuestos.»

Estas palabras son terminantes, y tanto mas convincentes cuanto que antes de sentar esta conclusion, el ministro protestante aduce las pruebas en que funda su opinion. Cita varios informes de los dominicos en favor de los caribes, pues no era solo Las-Casas quien tomaba su defensa, sino toda su Orden y los demás eclesiásticos españoles. El doctor inglés añade á esto las bulas de los papas y las ordenanzas de los reyes expedidas á instancias del clero para suavizar la suerte de los americanos, y poner freno á la crueldad de los colonos.

Por lo demás, el silencio de la filosofía acerca de este pasaje de Robertson, es harto singular. Citase sin cesar á este autor, excepto en el hecho que presenta bajo un nuevo aspecto la conquista de la América, y destruye una de las mas atroces calumnias de que se ha hecho culpable la historia. Los sofistas han querido hacer responsable á la Religion de un crimen que no solo no cometió, sino que miró siempre con horror. No de otro modo han acostumbrado los tiranos acusar á sus víctimas.

## CAPITULO III.

## Hospital del Hotel-Dieu.—Hermanas de la Caridad.

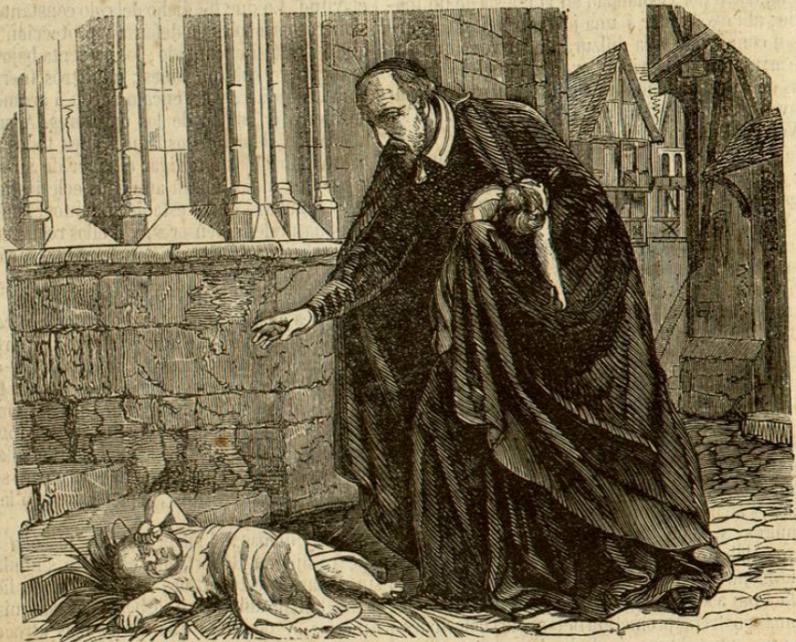
LLEGAMOS ya á la época en que la Religion, por medio de un solo rasgo y bajo un solo punto de vista, quiso patentizar que no habia humano sufrimiento que no se atreviera á remediar, ni miseria que sobrepujara su amor.

La fundacion del hospital llamado *Hotel-Dieu* se remonta al tiempo de San Landry, octavo obispo de París. El edificio se fue ensanchando progresivamente por el cabildo de *Notre-Dame* que era propietario del hospital; por San Luis, por el canceller Duprat y por Enrique IV; de manera que puede decirse que aquel asilo de todos los males fue creciendo al par que estos se multiplicaban, y que la caridad creció al compás de los dolores.

El hospital fue en un principio servido por religiosos agustinos de ambos sexos; mas há ya mucho que quedó exclusivamente á cargo de las religiosas. «El cardenal de Vitry, dice Helyot, quiso sin duda hablar de las hermanas del hospital *Hotel-Dieu*, cuando

dijo que habia algunas que haciéndose violencia sufrían con alegría y sin repugnancia el asqueroso aspecto de todas las miserias humanas, y que le parecia que ningun género de penitencia era comparable con esta especie de martirio.»

«Al ver á las religiosas del Hotel-Dieu, prosigue diciendo el citado autor, no solo vendar y limpiar á los enfermos y arreglar sus lechos, sino romper el hielo del arroyo que pasa por el centro del edificio, metiéndose hasta la mitad del cuerpo en su corriente para lavar los lienzos llenos de asquerosidad é inmundicia, no puede menos de considerarselas como unas santas víctimas, que por un exceso de amor y caridad al prójimo se ofrecen espontáneamente á la muerte,



SAN VICENTE PAUL.

que en medio de tantos dolores se convierte en un tormento mas.

¡Pues bien! Hemos visto enfermos, tocando ya en la hora postrera, incorporarse en el lecho, y haciendo un último esfuerzo, insultar á aquellas mujeres angelicales que les asistian. ¿Y por qué? Porque eran cristianas! ¡Ah! ¡Desgraciados! ¿Quién os podría servir, no siendo unas cristianas? Otras hermanas, semejantes á estas y que merecian altares, han sido públicamente azotadas, no disfrazaremos la palabra. Despues de tal recompensa por tamaños beneficios, ¿quién es el que aun hubiera querido volver á cuidar de los miserables? ¿Quién? ¡Ellas! si, ¡ellas! Ellas, que han venido desaladas á la primera señal, ó hablando con mas propiedad, ellas, que siempre se han mantenido firmes en su puesto. Hé aquí reunidas la naturaleza humana religiosa, y la naturaleza humana impia: juzgad acerca de ellas.

No siempre era el interior de un recinto pestífero donde la hermana de la Caridad y otras de institutos análogos ejercian su piadoso ministerio: alguna vez transpiraban sus virtudes como delicado aroma y se extendian por las campiñas: alguna vez iba tambien á buscar al pobre labriego enfermo en su solitaria ca-

arrostrándola en medio de los hediondos miasmas producidos por el gran número de enfermos.»

No dudamos de las virtudes que inspira la filosofía; pero resaltarían mucho mas á los ojos del público, si la filosofía pudiera ostentar tales modelos de abnegacion. A pesar de esto dista mucho la sencilla pintura de Helyot de dar una idea completa de los sacrificios de aquellas mujeres cristianas; no habla aquel historiador ni del abandono de los placeres de la vida, ni de la pérdida de la juventud y belleza, ni de haber renunciado á una familia, y á la esperanza de un esposo y de posteridad; tampoco habla de todos los sacrificios del corazón, ni de haber sotocado los mas dulces sentimientos del alma, menos la piedad,

admirar por su caridad, de los mismos que estaban familiarizados con esos actos sublimes, acaecian en París otras maravillas: señoras de gran tono se deserraban de la ciudad y de la corte, y partian para el Canadá. ¿Iban por ventura á adquirir fincas, á restaurar una fortuna mal parada, ó á establecer los cimien-

tos de una vasta propiedad? A nada de eso iban: su objeto se reducía á fundar en medio de las selvas y los horrores de la guerra, hospitales para los salvajes enemigos.

En Europa, el cañon hace salvas en señal de alegría para anunciar la destruccion de algunos millares de



EL MONJE ALGUINO, INSTRUYENDO Á CARLO MAGNO.

hombres; pero en los establecimientos nuevos y lejanos, donde se toca mas de cerca la desgracia y la naturaleza, no se manifiesta regocijo sino por lo que en realidad es digno de bendiciones, es decir, por actos de beneficencia y de humanidad. Tres pobres hermanas hospitalarias, conducidas por madama de La Peltrie al desembarcar en las costas del Canadá, llenaron

de alegría á toda la colonia. «El dia de la llegada de unas personas tan ardientemente deseadas, dice Charlevoix, fue un dia de fiesta para toda la ciudad: cesaron todos los trabajos, y cerráronse las puertas de todas las tiendas. El gobernador recibió á las heroínas en la playa al frente de la tropa sobre las armas y en medio del estampido del cañon: hechos los primeros

obsequios, las condujo entre las aclamaciones del pueblo al templo, donde se cantó el *Te Deum*...

«Estas santas hermanas por su parte, y su generosa conductora quisieron, en el primer arrebato de su alegría besar una tierra por la que tanto tiempo habían suspirado, y que con toda certeza se prometían regar con su sudor, no perdiendo la esperanza de teñirla acaso con su sangre. Los franceses, mezclados con los salvajes, y los infieles, confundidos con los cristianos, prosiguieron varios días sin cansarse dando gritos de alegría y bendiciendo el nombre del único que puede inspirar tanto valor, tanta firmeza á unas personas tan delicadas. Al ver las chozas de los salvajes á donde fueron las hermanas conducidas al día siguiente, sintiéronse arrebatadas de un nuevo transporte de alegría: la pobreza y la absoluta falta de aseo que dominaba en aquellas moradas no les causaron repugnancia; su celo se sintió nuevamente inflamado por los mismos objetos que debían entibiárselo, y por consiguiente mostraron suma impaciencia por principiar cuanto antes á desempeñar sus funciones.

«Madama de La Peltrie, que nunca había deseado ser rica, y que tan gustosamente se había empobrecido por Jesucristo, no omitía circunstancia alguna para procurar la salvación de las almas. Su celo llegó al punto de hacerle labrar la tierra con sus propias manos, para tener con qué remediar las necesidades de sus pobres neófitos. Fuese en pocos días despojando de todo lo que tenía reservado para su uso particular, hasta reducirse á carecer de lo más preciso, para vestir los niños que le presentaban casi desnudos; finalmente, toda su vida, que duró bastante, no fue más que un tejido de los más heroicos actos de caridad.»

«Hay en la historia antigua algo que sea tan interesante, algo que haga derramar lágrimas de ternura tan dulces y tan puras?»

#### CAPITULO IV.

Niños expositos, Señoras de la Caridad, rasgos de beneficencia.

PRECISO es escuchar por un momento á San Justino el filósofo, que en su primera Apología dirigida al emperador, le habla en estos términos:

«Expónense en vuestro imperio los recién nacidos á la caridad pública. Hay personas que crían á estos niños para prostituirlos. En todas las naciones no se encuentran más que niños destinados á los usos más execrables, criados absolutamente como si fueran un rebaño de animales; vos mismo habeis impuesto una contribución sobre estos niños... y sin embargo, los mismos que de tal manera abusan de aquellos pobres inocentes, además del crimen que cometen para con Dios, acaso, bien pudiera suceder, acaso abusan de sus propios hijos... Nosotros los cristianos abominamos semejantes horrores: no nos casamos sino para educar nuestra familia, ó bien renunciamos al matrimonio para vivir en la castidad.»

Tales eran, pues, las casas de beneficencia que el politeísmo tenía destinadas para los huérfanos. ¡Oh venerable Vicente de Paul! ¿Dónde, dónde estabas tú que no repetías á las matronas romanas las palabras que decías á las piadosas francesas que te asistían en tus obras: «Ea, mis señoras, veamos si quereis cuidar á vuestra vez de esos pequeños inocentes, de quienes os habeis hecho madres segun la gracia, supuesto que han sido abandonados por sus madres segun la naturaleza.» Pero en vano es que á los cultos idólatras pidamos el hombre de la misericordia.

El siglo ha perdonado á San Vicente de Paul su cristianismo: la filosofía ha derramado lágrimas al oír su historia. Sabido es que habiendo sido primero pastor, y luego esclavo en Túnez, llegó á ser un sacerdote ilustre por su ciencia y su conducta: sabido es que

á él se debe la fundación del hospital de los niños expositos, del de los pobres ancianos, del de los presidiarios de Marsella, del colegio de clérigos de la Misión, de las cofradías de la Caridad en las parroquias, de las juntas de señoras para el servicio del Hotel-Dieu, de las Hermanas de la Caridad que asisten á los enfermos, y finalmente de los asilos para los que desean elegir un estado de vida, y no se han decidido á hacerlo. ¿De dónde toma la caridad todas esas instituciones, toda esa prevision?

San Vicente de Paul fue poderosamente auxiliado por la señorita Legras, que de acuerdo con él instituyó las Hermanas de la Caridad. También tuvo á su cargo la dirección del hospital del Nombre de Jesús, que habiendo primeramente sido fundado nada más que para cuarenta pobres, fue el origen del hospital general de París. Por emblema y recompensa de una vida consumada entre los trabajos más penosos, pidió la señorita Legras que sobre su tumba pusieran una pequeña cruz con este mote: *Spes mea*. Su voluntad fue cumplida.

Así es como unas piadosas familias se disputaban en nombre de Jesucristo el placer de hacer bien á la humanidad. La esposa del canciller de Francia y madama Fouquet pertenecían á la congregación de las señoras de la Caridad. Cada cual tenía su día destinado para ir á instruir, y exhortar á los enfermos y hablarles de un modo interesante y familiar acerca de las cosas necesarias para la salvación. Cierto autor dice que más de 700 calvinistas volvieron á entrar en el gremio de la Iglesia, porque en las obras de una caridad tan ardiente y lata no pudieron menos de reconocer la verdad de su doctrina. ¡Santas señoras de Miramion, de Chantal, de La Peltrie, y de Lamoignon, vuestras obras han sido pacíficas! Los pobres han acompañado vuestras féretros; se lo han arrancado á los que los llevaban, para tener el honor de conducir vuestras cenizas sobre sus hombros; la pompa de vuestros funerales han sido sus gemidos; y al espirar vosotras hubiérase creído que con los vuestros habian dejado de latir todos los corazones generosos.

Terminemos por medio de una observación esencial este artículo de las instituciones del Cristianismo en favor de la humanidad doliente. Dícese que en el monte de San Bernardo es de tal condición el aire, que gasta los resortes de la respiración, y rara vez deja durar la vida más de diez años: de manera que el monge que se encierra en aquel hospicio puede calcular con poca diferencia el número de días que ha de permanecer sobre la tierra: todo lo que ha de ganar al ingrato servicio de los hombres, se reduce á saber con alguna certeza el momento de su muerte, cosa desconocida para los demás humanos. Asegúrase también que casi todas las hermanas del *Hotel-Dieu* tienen una continua y lenta calentura, efecto de la infestada atmósfera en que habitan, que insensiblemente va consumiendo la llama de su vida; los religiosos que viven en las minas del Nuevo-Mundo, en cuyo fondo, donde nunca penetra la luz del cielo, han establecido hospitales para los desgraciados indios que trabajan en ellas, también abrevian su existencia, porque los vapores metálicos se la envenenan; finalmente, los padres que se encierran en las pestíferas prisiones de Constantinopla, llamadas *baños*, se consagran también á un pronto martirio.

Dispénsenos el lector si no entramos en las reflexiones que de tales hechos se deducen. Confesamos nuestra incapacidad para alabar semejantes acciones del modo que se merecen: lágrimas y admiración es cuanto tenemos, para ensalzarlos. ¡Qué dignos son de lástima los que se empeñan en destruir la Religión, los que no hallan placer en la dulzura de los frutos del Evangelio! «El estoicismo», dice Voltaire, no ha producido más que un solo Epitecto, y la filosofía cristiana ha dado al mundo millares de Epitectos, que

ni ellos mismos sabían que lo eran, y cuya virtud llegaba al extremo de no conocerse á sí misma.»

#### CAPITULO V.

##### EDUCACION.

Escuelas, colegios, universidades, benedictinos y jesuitas.

CONSAGRAR su vida á consolar nuestros dolores es la primera de las buenas obras, y la segunda, ilustrarnos. También son sacerdotes *supersticiosos* los que nos han curado de nuestra ignorancia, y se han sepultado desde hace diez siglos en el polvo de las escuelas para librarnos de la barbarie. No es cierto que teman la propagación de la luz, pues ellos fueron los que desembarazaron sus raudales, no pensando más que en comunicar al mundo la claridad, que aventurando su vida, habian podido recoger entre los restos de Roma, y las ruinas de la Grecia.

El benedictino que todo lo sabía, el jesuita que conocía la ciencia y el mundo, el oratoriano y el doctor de la universidad, son acaso menos acreedores á nuestra gratitud que aquellos humildes hermanos que se habian consagrado á la enseñanza gratuita de los pobres. «Los clérigos regulares de las escuelas pías se habian obligado á enseñar por caridad á leer y á escribir al pueblo bajo, principiando desde el *abecedario*, *aritmética* y *cálculo*, hasta saber llevar libros de *partida en casas de comercio y oficinas*.» Siguen aun enseñando, y no solo la retórica y las lenguas latina y griega, sino que además tienen en algunas ciudades cátedras de filosofía y teología escolástica y moral, de matemáticas, de fortificación y de geometría... Al salir los alumnos de la clase, regresan por cuadrillas á sus casas acompañados de un religioso, para que no se distraigan en jugar por las calles y pierdan el tiempo.»

Siempre es sumamente grata la sencillez de estilo, y cuando va unida, por decirlo así, á la sencillez de los beneficios, llega á ser tan admirable como interesante.

Después de esas primeras escuelas fundadas por la caridad cristiana siguen las congregaciones científicas dedicadas á las letras y educación de la juventud por artículos expresos de su instituto. Tales son los religiosos basilios en España que alguna vez tuvieron nada menos que cuatro colegios por provincia. También poseían uno en Soissons (Francia) y otro en París, que era el colegio de Beauvais, fundado por el cardenal Juan de Dorman. Desde el siglo IX, Tours, Corbeil, Fontenelle, Fuldes, Saint-Gall, Saint-Denis; Saint-Germain d'Auxerre, Ferrière, Aniane, y el Monte Casino en Italia, figuraban como célebres escuelas. Los clérigos de la vida común en los Países-Bajos se ocupaban del arreglo de originales en las bibliotecas, y del restablecimiento del texto en los manuscritos.

Todas las universidades de Europa han sido establecidas ó por príncipes religiosos, ó por obispos, ó por sacerdotes, y todas han sido también dirigidas por órdenes cristianos. Aquella famosa universidad de París, desde donde se difundió la luz sobre toda la Europa moderna, se componía de cuatro facultades. Su origen se remontaba hasta Carlo Magno, hasta los tiempos aquellos en que el monge Alcuino, luchando solo contra la barbarie, quería convertir la Francia en una *Atenas cristiana*. Allí dieron lecciones Bude, Casaubon, Grenan, Rollin, Coffin y Lebeau; y allí se educaron Abelardo, Amyot, de Thou y Boileau. En Inglaterra, Cambridge vió salir á un Newton de su seno, y Oxford presenta con los nombres de Bacon y Tomás Moro, su biblioteca persa, sus manuscritos de Homero, sus mármoles de Arundel y sus ediciones de los clásicos; Glasgow y Edimbur-

go en Escocia; Leipsik, Tena y Tubinga en Alemania; Leyden, Utrac y Lovaina, en los Países-Bajos; Alcalá y Salamanca en España, todos esos focos de luz atestiguan los inmensos trabajos del Cristianismo. Pero dos son las órdenes que han cultivado particularmente las letras, los benedictinos y los jesuitas. Durante el año 540 de nuestra era, San Benito puso en el Monte Casino (Italia), los cimientos de la célebre órden que debía merecer la triple gloria de convertir la Europa, desmontar sus desiertos, y encender en su seno la antorcha de las ciencias.

Los benedictinos, particularmente los de la Congregación de San Mauro, establecida en Francia hacia el año 549, produjeron aquellos varones cuya ciencia se ha hecho proverbial, y que con infinito trabajo encontraron los manuscritos antiguos sepultados en el polvo de los monasterios. Su empresa literaria más espantosa (pues así puede llamarse), es la edición completa de los Padres de la Iglesia. Si el imprimir correctamente un solo tomo en su propio idioma es difícil, júzguese lo que será una edición completa de los Padres griegos y latinos, que compone más de 150 tomos en folio: apenas puede la imaginación abarcar esos enormes trabajos. Recordar á Ruinart, Lobineau, Calmet, Fassin, Sami, d'Acheri, Marténe, Mabillon y Montfaucon, es recordar prodigios de ciencias.

No es posible impedir que se echen de menos aquellas corporaciones de maestros, únicamente ocupadas en indagaciones literarias y en la educación de la juventud. Después de una revolución que ha relajado los lazos de la moral ó interrumpido el curso de los estudios, es indudable que una corporación religiosa al par que científica, aplicaría un remedio positivo al origen de nuestros males. En las demás formas de instituciones no puede haber aquel trabajo metódico, ni aquella rigurosa aplicación á un mismo objeto, que reina entre los solitarios, y que en fuerza de una asiduidad de muchos siglos, concluye por producir milagros.

Los benedictinos eran sabios, y los jesuitas literatos: unos y otros fueron en la sociedad religiosa lo que eran para el mundo: dos ilustres academias.

La órden de los Jesuitas estaba dividida en tres clases ó grados: novicios, coadjutores y profesores. El postulante tenía por de pronto que pasar diez años de noviciado, en cuyo tiempo se le ejercitaba la memoria sin permitir que se dedicara á ningún estudio en particular; y esto se hacía para conocer hacia donde le impelia su disposición natural. Al cabo de este período asistía á los enfermos durante un mes en el hospital, hacía una peregrinación á pié pidiendo limosna, y esto tenía por objeto acostumbrarle al espectáculo de los dolores humanos, y prepararle para las fatigas de las misiones.

Entonces acababa sus profundos ó brillantes estudios. Sino tenía más que las gracias de la sociedad, y esas elegantes maneras que agradan al mundo, lo presentaban en la capital y le introducían en la corte y casas de los magnates. Si tenía el genio de la soledad, lo retenían en las bibliotecas y en el interior de la Compañía. Si se anunciaba como orador, su elocuencia hallaba fácil acceso al púlpito; si su entendimiento era claro, recto y sufrido, lo destinaban para profesor en los colegios; si era entusiasta, intrépido, lleno de celo y de fe, iba á morir bajo la cimitarra del mahometano; ó entre las flechas de los salvajes; si manifestaba el talento á propósito para gobernar, lo enviaban al Paraguay á ejercitarlo en sus bosques, ó quedaba en la Compañía para dirigir los establecimientos.

El general de la Compañía residía en Roma. Los padres provinciales, en Europa, tenían obligación de ponerse en correspondencia con él una vez mensualmente. Los gefes de las misiones extranjeras le escribían cada vez que los buques ó caravanas atravesaban

las soledades del mundo. Además, para los casos urgentes, había misioneros que iban de Pekín á Roma, de Roma á Persia, á Turquía, Etiopía, Paraguay y á cualquiera otro punto de la tierra.

Irreparable es la pérdida que la Europa científica ha tenido con los jesuitas: la educación no ha vuelto á reponerse enteramente desde su caída. Ellos sabían el modo de hacerse singularmente agradables á la juventud, despojando con sus finos modales la enseñanza, del tono pedantesco que tanto repugna á los niños. Como la mayor parte de sus profesores eran literatos que gozaban de favor en la buena sociedad, los jóvenes, al recibir sus lecciones, creían hallarse en una ilustre academia. Habían también sabido establecer entre sus alumnos de diferentes fortunas, una especie de patronazgo que redundaba en pro de la ciencia. Semjantes vínculos, contrarios en la edad que el corazón da cabida á los sentimientos generosos, no se rompían ya en lo sucesivo, y establecían entre el príncipe y el literato aquellas antiguas y nobles amistades, como la que reinó entre los Escipiones y los Lelios.

También sabían sacar partido de aquellas venerables relaciones de discípulo y maestro, tan apreciadas en las escuelas de Platon y Pitágoras. Toda la Compañía se mostraba ufana de haber preparado el talento del hombre que se distinguía por su ciencia, y todos reclamaban una parte de su celebridad. Voltaire, dedicando su *Méropé* al padre Porée, y llamándole su querido maestro, es uno de esos hechos amables que la educación moderna no se halla ya en el caso de presentar. Naturalistas, químicos, botánicos, matemáticos, mecánicos, astrónomos, poetas, historiadores, traductores, anticuarios, periodistas, no hay una sola rama del saber humano que los jesuitas no hayan cultivado con fruto. Bourdaloue recuerrda la elocuencia romana; Brumoy introducía la Francia en el teatro de los griegos; Gresset seguía las huellas de Moliere; Lecomte, Parennin, Charlevoix, Ducerceau, Sanadon, Duhalde, Noël, Bouhours, Daniel, Tournemine, Maimbourg, Larue, Jouveney, Rapin, Vaniere, Commire, Sirmont, Bougeant y Petau, han legado nombres que no carecen de honor. ¿De qué se puede acusar á los jesuitas? De algo de ambición, cosa tan natural al talento. «Siempre será hermoso, dice Montesquieu, hablando de estos padres, gobernar á los hombres haciéndoles felices.» Pesad la masa del bien que los jesuitas han hecho; recordad los autores eminentes que su corporación ha dado á la Francia; á los que se han educado en sus aulas; traed á la memoria los reinos enteros que con sus sudores, su destreza y su sangre han conquistado á nuestro comercio; fijad vuestros recuerdos en los milagros de sus misiones en el Canadá, en el Paraguay, en la China, y vereis que el poco de mal que se les imputa, no contrabalancea los servicios que ha hecho á la sociedad.

#### CAPITULO VI.

##### Papas y corte romana. Descubrimientos modernos, etc.

ANTES de hablar de los servicios que la Iglesia ha prestado á la agricultura, recordemos lo que los papas han hecho en beneficio de las ciencias y bellas-arte. En tanto que las órdenes superiores trabajaban en toda Europa en la educación de la juventud, descubrimiento de manuscritos y explicación de la antigüedad, los pontífices romanos, prodigando á los sabios recompensas y hasta los honores del sacerdocio, eran el alma de aquel movimiento general hácia las luces. Grande es ciertamente la gloria de la Iglesia, en que un papa haya dado su nombre al siglo que inauguró la era de la Europa civilizada, y que surgiendo de entre las ruinas de la Grecia, fue á empaparse en la claridad del siglo de Alejandro, para reflejarla luego sobre el de Luis.

Los que presentan el Cristianismo como una barrera para el progreso de las luces, contradicen evidentemente los testimonios históricos. Por todas partes ha caminado la civilización en pos del Evangelio, muy al contrario de las religiones de Mahoma, Brahma y Confucio, que han limitado los progresos de la sociedad haciendo que el hombre envejeciera en su infancia.

Era Roma cristiana como el gran puerto á que se acogían todos los restos del naufragio de las artes. Apenas Constantinopla rinde su cerviz al yugo de los turcos, ya está la Iglesia abriendo mil honrosos asilos á los ilustres emigrados de Atenas y Bizancio. Si la imprenta se ve proscripta de Francia, la Italia la convida con su protección. Los cardenales consumen sus recursos pecunarios en escudriñar las ruinas de la Grecia y en adquirir manuscritos. El siglo de Leon X parecía tan hermoso al sabio abate Barthelemy, que lo prefirió al de Pericles por lo tocante á su grande obra: á la Italia cristiana, era á donde pretendía conducir un moderno Anacarsis.

«En Roma, dice aquel autor, un viajero tiene ocasión de ver á Miguel-Ángel levantando la cúpula de San Pedro; á Rafael pintando las galerías del Vaticano; á Sadolet y Bembo, que luego fueron cardenales, desempeñando entonces el puesto de secretarios cerca de Leon X; al Trisino representando por primera vez en la *Sofonisbe*, con la que un moderno se abría la carrera inmortalizada por Eurípides; á Beroald, bibliotecario del Vaticano, ocupándose en publicar los *Anales* de Tácito, que acababan de ser descubiertos en Westfalia, y que Leon X había adquirido mediante una suma de 500 ducados de oro; al mismo papa proponiendo puestos ventajosos á los sabios de todas las naciones que quisiesen fijar la residencia en sus Estados, y recompensas brillantes á todos los que le presentaran manuscritos desconocidos... Por todas partes se organizaban universidades, colegios, imprentas para toda clase de lenguas y ciencias, y bibliotecas continuamente enriquecidas con las obras que se publicaban, y con los manuscritos recientemente traídos de países en que la ignorancia había conservado su imperio. Multiplicábanse de tal modo las academias, que en Ferrara había 10 ó 12, en Bolonia cerca de 14, y en Siena 16, ocupándose todas en las ciencias, la literatura, los idiomas, la historia y las artes. En dos de estas academias, de las que una estaba simplemente dedicada á Platon, y la otra á su discípulo Aristóteles, se discutían las opiniones de la filosofía antigua, y se presentaban las de la moderna. En Bolonia, así como en Venecia, una de estas sociedades cuidaba de la imprenta, de la hermosura del papel, fundición de caracteres, corrección de pruebas, y sobre todo cuanto podía contribuir á la perfección de las ediciones nuevas... Las capitales y hasta las ciudades menos considerables de cada Estado, se mostraban sumamente ambiciosas de instrucción y de gloria, y casi todas ofrecían observatorios á los astrónomos, anfiteatros á los anatómicos, jardines á los naturalistas, á todos los literatos, colecciones de libros, medallas y monumentos antiguos, y finalmente distinguidas señales de consideración, de reconocimiento y respeto á todos los géneros de ilustración... Los adelantos de las artes favorecían el gusto de los espectáculos y de la magnificencia. El estudio de la historia y de los monumentos de los griegos y romanos inspiraba ideas de decoro, de unidad y perfección que hasta entonces no habían sido conocidas. Habiendo sido Julian de Médicis, hermano de Leon X, proclamado ciudadano romano, fue acompañada esta proclamación de diversiones públicas, y sobre un vasto teatro construido cerca de la plaza del Capitolio, se representó por dos días seguidos una comedia de Plauto, cuya música y extraordinario aparato excitaron una admiración general.»

No dejaron los sucesores de Leon X apagar este

noble ardor por adquirir y recompensar los esfuerzos del genio. Los pacíficos obispos de Roma reunían en sus casas de campo (*villa*), los preciosos restos de todas las edades. En los palacios de los Borgias y Farnesios el viajero podía admirar las obras maestras de Praxiteles y Fidias: papas fueron los que á peso de oro compraron las estatuas de Hércules y de Apolo; papas también los que para conservar las ruinas harto insultadas de la antigüedad, las cubrían con el manto de la Religión. ¿Quién no admirará la piadosa industria de aquel pontífice que colocó imágenes cristianas sobre los preciosos restos de las Termas de Diocleciano? No existiría el Panteón si no haber sido consagrado por el culto de los Apóstoles; no se vería erguida la columna Trajana si no ostentase por corona la estatua del Príncipe de los Apóstoles.

Este espíritu conservador resplandecía en todos los órdenes de la Iglesia. Mientras que los despojos que adornaban el Vaticano excedían las riquezas de los antiguos templos, ciertos pobres religiosos protegían en el recinto de sus monasterios las ruinas de las casas de Tibur y de Tústulo, y acompañaban al viajero á que paseara por los jardines de Ciceron y de Horacio. Un cartujo era quien daba á conocer el laurel que extiende sus ramas sobre la tumba de Virgilio, y un papa coronaba al Taso en el Capitolio.

Así es como al cabo de 1500 años la Iglesia protegía las ciencias y las artes, sin haberse entibado su celo en ninguna época. Si en el siglo viii el monje Alcuino enseñaba la gramática á Carlo-Magno, otro fraile *industrioso* y *sufriido* descubrió el modo de desarrollar los manuscritos de Herculano; si Gregorio de Tours describió en 740 las antigüedades de las Galias, el canónigo Mozzochi explicó en 1754 las tablas legislativas de Heraclen. La mayor parte de los descubrimientos que han cambiado la faz del mundo civilizado han sido hechos por miembros de la Iglesia. La invención de la pólvora y acaso la del telescopio se deben al fraile Rogerio Bacon; otros atribuyen el descubrimiento de la pólvora á un fraile alemán llamado Bertoldo Schwartz; las bombas fueron inventadas por Galen, obispo de Munster; el diácono Flavio de Gioia, napolitano, descubrió la brújula; el fraile Despina los anteojos, y Pacifico, arcediaco de Verona, ó el papa Silvestre II, el reloj de ruedas. ¿Cuántos sabios, de cuya mayor parte hemos hecho mención en el curso de esta obra, no han ilustrado los claustros ó aumentado consideración á los puestos eminentes de la Iglesia! ¿Cuántos escritores famosos! ¿Cuántos literatos ilustres! ¿Cuántos viajeros distinguidos! ¿Cuántos matemáticos, naturalistas, químicos, astrónomos y anticuarios! ¿Cuántos oradores célebres! ¿Cuántos hombres de Estado eminentes! Hablar de Suger, de Jiménez, de Alberoni, de Richelieu, de Mazarino y de Fleury, ¿no es recordar á un mismo tiempo los más hábiles ministros y las cosas de mas importancia de la Europa moderna?

En el mismo momento en que vamos rápidamente trazando el cuadro de los beneficios dispensados por la Iglesia, tributa la Italia cubierta de luto un interesante testimonio de amor y gratitud á los restos mortales de Pío VI. La capital del mundo cristiano espera el féretro del desgraciado pontífice, que por medio de trabajos dignos de Augusto y Marco Aurelio, ha desecado pantanos infectos, ha vuelto á consagrar al servicio del público la vía de los Cónsules, y restaurado los acueductos de los primeros monarcas de Roma. Por último rasgo de este amor á las artes, tan natural en los gefes de la Iglesia, el sucesor de Pío VI, al mismo tiempo que devuelve la paz á los fieles, ha encontrado en medio de su honrosa indigencia elementos para reponer con nuevas estatuas las obras maestras que Roma, protectora de las bellas-arte, ha cedido á la heredera de Atenas. Sobre todo, el progreso de las letras era inseparable del progreso de la Reli-

gion, supuesto que en el idioma de Homero y de Virgilio explicaron los Padres los principios de la fe; la sangre de los mártires, que fue la semilla de los cristianos, hizo al mismo tiempo crecer el laurel del orador y del poeta.

Roma cristiana ha sido para el mundo moderno lo que Roma pagana fue para el antiguo, un lazo universal: esta capital de las naciones cumple todas las condiciones de su destino, y parece ser realmente la *ciudad eterna*. Acaso llegará un día en que á pesar de todo se conocerá que la institución del trono pontifical fue una grande idea y una magnífica institución. El padre espiritual, colocado en medio de los pueblos, adunaba las diversas partes de la cristiandad. ¿Que brillante papel el de un pontífice verdaderamente animado del espíritu apostólico! Como pastor general del rebaño puede contener á los fieles en el límite de sus deberes ó defenderlos de la opresión. Sus Estados son bastante grandes para asegurarle la independencia, y demasiado pequeños para que á nadie puedan infundir recelo sus esfuerzos; nada le deja mas que el poder de la opinión: poder admirable cuando no abarca en su imperio mas que obras de paz, de beneficencia y caridad.

El daño que algunos malos pontífices han hecho, desapareció con ellos, al paso que cada día experimentamos aun la influencia de los bienes inmensos é inestimables que el mundo entero debe á la corte de Roma, que casi siempre ha sabido mostrarse superior á su siglo. Todo seguía sepultado en las tinieblas de las instituciones góticas, cuando aquella corte tenía ya ideas de legislación y de derecho público, y conocía las bellas-arte, las ciencias y la política. No se reservaba exclusivamente para sí propia la luz; y antes por el contrario la difundía sobre todos: su mano arrancaba las barreras que las preocupaciones habían levantado en las naciones, y afanosa buscaba medios de dulcificar nuestras costumbres, librándonos de la ignorancia y arrancarnos á nuestros hábitos groseros ó feroces. Los papas, entre nuestros antepasados, fueron los misioneros de las artes enviados á los bárbaros, y legisladores en un pueblo de salvajes. «Solo el reinado de Carlo-Magno, dice Voltaire, tuvo una vislumbre de urbanidad que probablemente fue el resultado del viaje á Roma.»

Es, pues, un hecho generalmente reconocido que la Europa debe á la Santa Sede su civilización, una parte de sus mejores leyes, y casi todas sus ciencias y artes. Los Sumos pontífices van en la actualidad á abrirse nuevos caminos para seguir siendo útiles á los hombres: una nueva carrera les está esperando, y nosotros presagiamos que sabrán recorrerla con gloria. Roma ha vuelto á remontarse á la pobreza evangélica que componía todo su tesoro en los antiguos tiempos. Por una notable semejanza hay también ahora gentiles que convertir, pueblos que atraer á la unidad, odios que sofocar, lágrimas que enjugar, y heridas que cicatrizar; que están reclamando todos los bálsamos de la Religión. Si Roma se penetra bien de su posición, jamás se le ha ofrecido una perspectiva de más altas esperanzas, ni de más brillantes destinos. Decimos esperanzas, porque contamos las tribulaciones en el número de los deseos de la Iglesia de Jesucristo. El mundo degenerado pide una segunda publicación del Evangelio; el Cristianismo va á renovarse y á salir victorioso del mas terrible de los asaltos que el infierno le ha dado hasta el presente. ¿Quién sabe si lo que creíamos una caída de la Iglesia será su reedificación? Iba pereciendo en la riqueza y el reposo, y no se acordaba ya de la cruz; la cruz vuelve á brillar; ¡segura es la victoria!